



# Editorial



Ir. Paulo Petry, FSC  
Presidente de la CLAR

Vivimos en una sociedad y en una Iglesia formadas por seres humanos que se relacionan. Esto, dicho de esta manera, puede parecer raro por ser algo tan evidente, o a la larga una afirmación simplista. Con todo, mirando la realidad percibimos que no siempre es así, pues no todas/os tienen la facilidad de encontrarse y relacionarse. Hay seres humanos que intentan vivir en la soledad. Muchos evitan encuentros, relaciones y el compartir la vida. ¿Y por qué? Por miedos, egoísmos, ignorancia o soberbia. Así, no resulta tan cierto decir que todos los seres humanos se relacionan, o por lo menos, que se relacionan mínimamente bien. Es decir, que todas/os tenemos esta necesidad, pues todas/os fuimos creados para una relación saludable, que nos hace vivir en comunidad, que nos hace compartir lo que somos y lo que tenemos, lo que vivimos y lo que aspiramos.

En este número de la Revista, la CLAR busca compartir las experiencias vividas en algunos de los seminarios promovidos recientemente por la VR Consagrada en América Latina y El Caribe. Importante es destacar que estos seminarios responden a las aspiraciones de muchas/os Religiosas/os, en el sentido de una mayor aproximación, unas mejores relaciones entre aquellas/os que actúan en áreas parecidas, o que asumen misiones semejantes, o, incluso, que viven en situaciones similares.

Con estos seminarios, cuyos resultados ahora se publican, se busca, además de promover la reflexión sistemática impulsada por grandes teólogas/os de América Latina y el Caribe, compartir experiencias de vida de Religiosas/os a partir de la misión que asumen en diversas realidades. Sabemos que la VR Consagrada en nuestro continente y en El Caribe asume con mucha ilusión, perseverancia y esfuerzo, la defensa de los valores del Reino, pero también se enfrenta con muchas adversidades y obstáculos al defender la vida dentro de escenarios de muerte.

Reconociendo los incontables desafíos y retos que la VR Consagrada enfrenta en la actualidad latinoamericana y caribeña para testimoniar la presencia de la bondad y de la misericordia divinas, afirmamos con la Hna. Victoria López Guzmán, FCF, que en su artículo expresa:

Dentro de este “*desconcierto*” estamos llamadas/os a mantenernos activamente dentro de esta realidad herida y a la vez habitada por Dios a insistir tercamente con mirada de discípulas/os, y desde la relectura de la experiencia, a acercarnos a esos rincones donde sigue acampando el dolor humano, para anunciar a un Dios de misericordia entrañable, que nos visita, nos redime, y acompaña nuestros tímidos pasos.

La misión asumida por la VR Consagrada, sea en América Latina o en cualquier parte del mundo, es una labor que se vive en comunidad y que debe expresar el rostro amoroso y misericordioso de Dios. De esto muchas/os son conscientes, otras/os lo sienten y lo viven. Otras/os tantas/os, quizás lo ignoren, pero el vivir en comunidad es algo que tiene que ser construido a cada nuevo amanecer. La comunidad nunca está concluida, no está terminada, sigue siempre en proceso, porque en ella viven seres humanos que se relacionan, o que debieran relacionarse. De esta relación depende, gran parte, la calidad del existir de la VR Consagrada en el mundo de hoy, y el testigo que la misma VR Consagrada desea ser en el seno de la Iglesia.

Metafóricamente podríamos decir que somos como piedras en el río. Cuanto más cerca del manantial, más ásperas, puntiagudas y toscas son las piedras. Cuanto más cerca de la desembocadura, más lisas, más trabajadas, más pulidas y más suaves resultan. Todo esto pasa por el choque, la colisión, el contacto con otras piedras. Lisa y pulida, la piedra sigue siendo ella misma, no ha perdido su condición, mantiene su identidad mas profunda, pero ahora está más accesible. De forma similar, cuanto más vivimos y convivimos en comunidad, cuanto más contactos mantenemos, cuanto más nos relacionamos, más percibimos nuestras limitaciones y descubrimos nuestras potencialidades. A lo largo de nuestro vivir en comunidad, como personas consagradas, siendo capaces de abrir corazón y mente al prójimo, podremos también aceptar el hecho de recibir críticas, correcciones y

sugerencias que nos hagan crecer, que nos tornen más suaves, pulidas/os a imagen de las piedras del estuario. A medida que aprendemos a aceptar de buen grado lo que la Hermana o el Hermano nos ofrece, a medida que nos dejamos escuchar, volvemos a acercarnos a la imagen original que Dios soñó para nosotros, y allí encontramos nuestra identidad más profunda. En el encuentro con el prójimo, cuando abrimos la mente y dejamos nuestro corazón sentir lo divino que en él se revela, ciertamente se hace presente el Dios Uno y Trino, que también por este medio nos va revelando su imagen y nos va constituyendo a su semejanza, nos hace más accesible a los demás.

Por supuesto que no pensamos, ni actuamos, ni sentimos del mismo modo. Somos fruto de una cultura, de un contexto, de un conjunto de factores que han contribuido a formar el ser que hoy asume su misión como consagrada/o en comunidad. Al relacionarnos con los otros miembros de nuestras comunidades, ya sean consagradas/os como nosotras/os, ya sean destinatarias/os de nuestra misión, buscamos ante todo defender la vida, y la vida en abundancia como nos lo enseñó el Maestro (*cf. Jn 10,10*). Esto lo demostramos cuando buscamos rescatar el ser humano íntegro, total, y en él la imagen del Dios de la Vida. Lo manifestamos en la medida en que valoramos lo humano, lo relacional y el afecto, además del intelecto propio de cada hija e hijo de Dios. Finalmente, decimos al mundo que nosotras/os las/os Religiosas/os somos promotoras/es de la vida, cuando nos fortalecemos mutuamente en nuestra fe y en el asumir nuestra misión, en la mística y en el profetismo, cuando decimos unas/os a otras/os que por encima de cualquier diferencia o distinción, somos todas/os hermanas/os, hijas/os amadas/os del mismo Padre que nos envía, nos consagra y nos reta en la construcción de su Reino de justicia, paz, solidaridad, ternura, bondad y compasión.

Si algunas veces sentimos dificultades para convivir, si las relaciones de cada día se nos tornan algo penoso y doloroso, acordémonos de que es también a través de las mismas relaciones como podemos lograr convivencias fraternas, llenas de afecto, lealtad, misericordia y amor. Con todo, para esto no podemos encarar las relaciones difíciles solo como piedras de tropiezo. En ellas tenemos que buscar lo que pueda hacernos crecer. Recojamos, pues, las piedras del camino, y con sabiduría, firmeza y ternura, transformémoslas en columnas, y con ellas construyamos las casas donde podamos acoger el otro/a. De todas maneras, la persona que convive en mi comunidad es un regalo, el precioso don que he recibido del Dios de la Vida. De la misma manera, yo con mis asperezas y durezas de corazón, pero también con mi pulimento, encanto y compasión, soy el regalo que Dios ofrece a los demás, soy el precioso don que puedo ofrecer a mi Hermana, a mi Hermano.

Escatológicamente hablando, nos identificamos con Maricarmen Bracamontes, OSB, para decir que:

“Sabemos que no se va a dar la plenitud del Reino aquí y ahora, pero también estamos convencidas/os de que estamos llamadas/os a sembrar semillas del Reino en la historia y cultivar los brotes de esa nueva realidad divina, aquí y ahora”.

Como lo podremos constatar a través de los artículos de esta Revista, somos llamadas/os a respetar la diversidad, construir la unidad y caminar juntas/os en la construcción del Reino de Dios. Mantengamos, por lo tanto, las mentes abiertas y nuestros corazones encendidos por el fuego del amor que nos compromete en la misión asumida en comunidad, y abrasados por las lenguas de fuego del Espíritu que nos anima y fortalece en nuestras relaciones.